

C A T A L O G O

- N.º 1 LEYENDO EL PERIODICO
- N.º 2 DURMIENDO EN UN BANCO
- N.º 3 EL CANTANTE
- N.º 4 GITANA DEL ANDEN
- N.º 5 MUJER DE LOS GLOBOS
- N.º 6 VIEJA TOMANDO EL SOL
- N.º 7 LA NIÑA DE LAS PALOMAS
- N.º 8 MENDIGA ANCIANA
- N.º 9 LA BUENAVENTURA
- N.º 10 LA LOCA
- N.º 11 FLORISTA
- N.º 12 QUE PUEDO HACER
- N.º 13 EL VENDEDOR DE LA SUERTE
- N.º 14 NIÑOS
- N.º 15 MATERNIDAD OCULTA
- N.º 16 EL COMEDIANTE
- N.º 17

Hace un año tuve la alegría y el honor de escribir unas palabras de presentación de la obra de Antonio Cañete en su segunda exposición individual. Hace tres años, el artista se acogió también a mis palabras cuando realizó su primera exposición individual en el Ateneo Barcelonés. Ahora, por tercera vez, me acerco a la importancia artística de este joven escultor cordobés que, prácticamente, ha crecido y se ha formado en Barcelona. Lo cierto es que Antonio Cañete no necesita de mis palabras ni de las de nadie para que el público comprenda que se encuentra ante la obra de un artista de verdad, de un hombre capaz de una auténtica creación artística personal, fuerte, segura, tan alta en dignidades como en amarguras.

Me vería obligado a repetir aquí lo que dije en otras ocasiones. Me vería obligado a insistir en el sentido profundamente dramático que del arte tiene Cañete. Con un dramatismo que, entiendo, está más allá de sí mismo en una permanente búsqueda, en una rebelde interrogación, en un enternecido sufrimiento ante el hombre, ante la historia del hombre, ante las consecuencias inmediatas de esa historia.

La Humanidad, parece decirnos el escultor, no es un lecho de rosas, sino una teoría lacerante de sufrimientos, soledades y miedos. Y, entre ellos, la súbita floración de la esperanza. El sentimiento dramático se descubre inmediatamente, en cualquiera de las obras del escultor. Hay un poco de la España solanesca, del esperpento de Valle-Inclán, de la tragedia gloriosa de Goya, de los poemas de García Lorca, de los trazos profundos de Nonell... Pero todo ello, por que estaba ahí, en el aire del tiempo y del hombre, como una consecuencia de la realidad que se proyecta en una deformación esperpéntica en la que huye de sí misma y a sí misma se encuentra con la pasión, la alegría, el dolor iluminado de los amantes.

Porque en este dolor, en este cuchillo que atraviesa edades y nostalgias, hay amor, respeto, seriedad. Un arte antiguo que pretende el grito, y el rito, de la dignidad sufriente y de la soledad. He seguido con atenta admiración el camino de este artista. Conozco su obra, desde los inicios tradicionales hasta el conjunto de piezas que configuran esta muestra. Ello me permite insistir en cómo Cañete se ha instalado en una plataforma de contemplación, de realización, que no permanece fija, sino que avanza en continuas oleadas de descubrimientos, de captación de sentidos, de túneles insospechados, de grandiosidades contenidas.

Quiero decir que esta obra, ya desde sus inicios, reclamaba mayores proporciones físicas para realizar en ellas su intensidad creadora, su murmullo de tiempos y de humanas dignidades. En un año de trabajo, Cañete ha avanzado mucho en este camino. Y en él, de él, han nacido estas figuras grotescas y doloridas, el mundo de estas viejas, el horizonte patético de estas manos que abarcan sentidos de humanidad atropellada, de marginaciones rebeldes y sumisas a un tiempo. Como en un escenario se distribuyen estas intuiciones desoladas que podemos contemplar en las más variadas actitudes de la marginación, de la sorpresa, del miedo, y también de la ternura. Es un horizonte de manos, de expresiones, de silencios, que nos llega, una palpación que se mete dentro de nosotros y nos perturba. ¿Pueden conseguir esto los falsos artistas de las mercaderías rientes?

La vida del artista que se inicia hacia un sólido futuro, no es fácil y, de no tener medios propios de fortuna, ha de luchar contra muchas penurias. ¿Es qué estas figuras, estas desorbitaciones, no reclaman a gritos otros materiales? Yo veo las formas de Antonio Cañete en granito y bronce, en mármol y piedras duras. La grandeza de su arte reclama la nobleza de otros materiales. Todo se andará porque Cañete no es artista de renunciadas, sino de avances, de exigencia en ellos. Algún día no lejano estas viejas, estas manos, estos gemidos, estos doloridos cuerpos solitarios serán piedra con la permanencia definitiva de la piedra.

Es un hermoso y fecundo camino el que el escultor tiene ante sí en la cada día más cercana, más tangible plenitud creadora. Una alegría, sí, y un honor, poder afirmarlo aquí.

JULIO MANEGAT